



INSTITUTO DE ESTUDIOS IBÉRICOS
E IBEROAMERICANOS
UNIVERSIDAD DE VARSOVIA

ITINERARIOS

Revista de estudios lingüísticos, literarios,
históricos y antropológicos

Vol. 20

Varsovia 2014

JOSÉ-LUIS GARCÍA BARRIENTOS, *LA RAZÓN PERTINAZ. TEORÍA Y TEATRO ACTUAL EN ESPAÑOL*. Bilbao, Artez Blai Kultur Elkartea, 2014, 334 pp.

Uno estaría tentado de afirmar que el último libro del investigador del CSIC José Luis García Barrientos, distinguido con el VI Premio Artez Blai de Investigación sobre las Artes Escénicas, constituye la culminación de sus esfuerzos de varias décadas, centrados en la legitimación del modelo de análisis conocido como “dramatología”. *Drama y tiempo* (1991), *Cómo se comenta una obra de teatro* (2001), *Teatro y ficción* (2004) y otros muchos textos de menor envergadura que estos pero de igual penetración serían, de acuerdo con esta lectura, hitos previos y necesarios para la coronación de la cima. Sin duda se trata de un punto de inflexión en la carrera de uno de los grandes teóricos de las formas dramáticas de nuestro país, que quedará como referencia teórica de la especialidad. Pero, a mi juicio, lejos de instituirse como la etapa definitiva de tan fecunda trayectoria, se perfila, más bien, como una mirada hacia el glorioso pasado y, sobre todo, una advertencia de lo que está por venir. Según escribo estas líneas, el equipo liderado por García Barrientos aspira a revalidar su financiación para completar el proyecto que dirige desde 2008. Dicho proyecto, de signo internacional, cuenta con publicar, en los próximos cinco años, nada menos que diez libros sobre la dramaturgia actual en español, hermanados por la unidad de enfoque y tema, mas diversos en su ejecución. A esta magna empresa hay que sumar los múltiples congresos a los que es invitado el autor, los cursos que imparte en diferentes universidades, sus intervenciones en diversos medios, etc.; pruebas, en fin, de que, lejos de situarse al final de un camino, *La razón pertinaz* se yergue en su tramo más dulce.

Igualmente, tampoco interpreto este libro como un último paso en la formulación y puesta en práctica de la dramatología; o no solo. Cualquiera que se asome a sus páginas verá que, si bien el método en cuestión ocupa la parte más sustantiva del volumen, la exposición se ramifica en múltiples direcciones, acogiendo las diversas facetas de su artífice, desde las propiamente académicas hasta las personales y aun biográficas. Así, el libro se abre con un entrañable recuerdo de los orígenes de su pasión por el teatro, con inolvidables episodios como la estancia en un colegio de los Jesuitas, la concurrencia al Premio Tirso de Molina o su asistencia a los espectáculos callejeros de su pueblo. En cuanto al resto, no se limita al coto del teatro y su escrutinio, sino que, de nuevo, presenta una gran variedad temática y metodológica, la cual resume la multiforme dedicación del autor al campo humanístico, más allá de su recurrente devoción por las tablas. Convenientemente apartada del academicismo, teñida de una cercanía inaudita en estos lares, veo más acertado hablar de *La razón pertinaz* como una radiografía, no tanto de las estrategias del análisis literario-teatral, sino del propio investigador; o, para decirlo

de una manera más mundana, lo más próximo a unas memorias que, hasta ahora, ha dado a la imprenta García Barrientos.

La estructuración es sintomática a este respecto. Acabo de aludir a las páginas autobiográficas que reciben al lector. A ellas siguen otras que cubren un espectro abordado por el autor en sus inicios en la academia: la teoría de la literatura, tanto en su vertiente sincrónica como diacrónica. Siendo claro que la organización se debe a la voluntad de ir de lo general y abstracto a lo concreto y tangible, me parece más estimulante considerarlo un recorrido más o menos cronológico por las diferentes fases que ha ido atravesando la labor investigadora de García Barrientos. Pese a la dispersión propia de una vida rica en inquietudes, en todas ellas se reitera un mismo motivo, que es el que acaba dando unidad temática al conjunto: esa “razón pertinaz” que preside el título, el anhelo de rigor que guía, ha guiado y guiará, el trabajo del padre de la dramatología. Él mismo se refiere a este prurito en repetidas ocasiones, en lo que podría verse como un ejercicio de vanidad intelectual; cualquiera que esté familiarizado con su obra convendrá, no obstante, en que nada más lejos de la realidad; y es que si por algo destaca el discurso de García Barrientos es por su decidida apuesta por la claridad expositiva, la coherencia terminológica y la precisión conceptual, en franca oposición a la vaguedad y la tendencia al “gato por liebre” tan extendidas en la línea posmoderna; por no hablar de su honestidad humana y profesional, palpable tanto en su palabra como en el trato personal.

Pero volviendo al texto reseñado, en él se nos brinda, como decía, una imagen poliédrica, donde el análisis de obras y espectáculos particulares se conjuga naturalmente con la formulación de principios teóricos. Repartido en cuatro grandes epígrafes, subdivididos, a su vez, en un creciente número de apartados y subapartados, el trabajo respira un evidente afán de exhaustividad, un deseo, por así decirlo, de tocar todos los palos; todos, al menos, en los que el investigador tiene algo que decir, que, como veremos, no son pocos. Así, tras el preámbulo, viene un capítulo sobria y, a la vez, ambiciosamente titulado “Teoría de la literatura y teoría del teatro”, en los que la mirada discurre por asuntos de la mayor abstracción, atendiendo, aun así, a las dimensiones histórica y geográfica. De especial interés es el primer apartado, en que trata de la situación del área de conocimiento en España. Su reivindicación de colecciones de teoría literaria como las de Síntesis y Arco/Libros lo lleva a emitir un juicio optimista, poco común en los tiempos que corren: “Creo no equivocarme al afirmar que ni en inglés ni en francés ni en alemán cuentan con un material bibliográfico equivalente. He aquí un motivo de orgullo bien fundado y, de paso, un buen antídoto contra el papanatismo”. La propia prosa de García Barrientos es ilustrativa del buen estado de salud de la ciencia literaria y teatral en nuestro país, en contraste con “el escepticismo radical, el relativismo «fundamentalista» o el nihilismo de las últimas corrientes críticas”. Según avancé, el cuestionamiento de ciertas modas posmodernas –entre las que descuella el teatro posdramático– constituye uno de los *leit motiv* del libro. En este sentido, quizá no sea del todo desacertado hablar de *La razón pertinaz* como un nuevo episodio de la querrela entre antiguos y modernos; solo que, en esta ocasión, el trabajo meditado y la solidez de criterio de la veteranía se imponen al frenesí y carácter visionario de la juventud.

Independientemente de esta voluntad, digamos, beligerante, lo cierto es que esta primera parte del volumen pone sobre la mesa algunos de los extremos cruciales de la teo-

ría del pasado siglo, a saber: las aspiraciones de cientificidad de los estudios literarios, la vigencia de disciplinas como la Retórica y la Poética, la pertinencia de una historia de la teoría y de una teoría de la historia, o, especialmente, la crisis epistemológica que atenaza a las humanidades en el último tercio de siglo, y de la que surgen movimientos como la deconstrucción o los imprecisos estudios culturales. En todos estos asedios, abundantes en nombres propios y reflexiones de gran densidad –algunas en torno a problemas aún pendientes de resolución–, el verbo de García Barrientos se mantiene firme y diáfano, accesible a cualquiera mínimamente interesado por el tema; transparencia que, holgará decirlo, emana, no de los asuntos escrutados, sino, precisamente, de los esfuerzos de síntesis y clarificación del autor, cosa que, a la postre, supone un reto más comprometido que el de expresarse herméticamente, trasladando al discurso la complejidad de la materia.

El mismo empeño se aprecia, como digo, en los demás epígrafes del libro. “La dramaturgía en la teoría del teatro” nos presenta la faceta más genuina del autor: comenzando por su ya clásica reivindicación de la *Poética* de Aristóteles y el énfasis en la operatividad del concepto de *modo*, los sucesivos apartados se consagran a un sistemático despliegue de las categorías que integran el modelo de análisis, cuyo germen se remonta a los años 70 y que hoy cuenta con un vigor y un respaldo envidiables. Esta breve exposición sirve de introducción teórica al siguiente bloque, en el que se tratan algunos de los más estimulantes “Problemas de dramaturgía”. Principia este recorrido con un dilema central en las cavilaciones sobre el modo de imitación teatral: la recreación de la subjetividad. Concebido como una expresión mimética construida sin narrador, cuya comunicación con el receptor se produce de manera *in-mediata*, el teatro opone una resistencia de base a esta posibilidad. Consciente del interés que suscita esta problemática, pasa García Barrientos revista a las soluciones propuestas por dos autores de habla hispana: Buero Vallejo y sus ya clásicos “efectos de inmersión” y el argentino Javier Daulte, que en su comedia *¿Estás ahí?* plantea, desde el marco de lo fantástico, la percepción individual de su protagonista.

El siguiente apartado, también incluido en este inventario de interrogantes teóricos, vuelve sobre el tema desgranado en la tesis doctoral del autor: el tiempo, o, mejor dicho, el tiempo en la representación dramática. El enfoque rehúye, empero, la abstracción de entonces, refiriéndose, esta vez, a dramaturgias concretas, obra de escritoras contemporáneas (Ana Diosdado, Lourdes Ortiz, Carmen Resino, María Manuela Reina, Paloma Pedrero, por la parte española, y un prometedor cuarteto de voces jóvenes, todas ellas procedentes de México). Dicha perspectiva propicia, de paso, jugosas reflexiones sobre asuntos de candente actualidad, como la presunta existencia de una dramaturgia femenina –equivalente escénico de la tan comercializada «narrativa femenina»– y la necesidad de reivindicar el teatro escrito por mujeres, desigualmente tratado en los principales manuales. A este respecto, no tiene García Barrientos inconveniente en promover una «discriminación positiva».

Este énfasis prevalece en la sección posterior, centrada en una realización particular de una de las piezas de la galardonada Paloma Pedrero. La obra en cuestión es *El color de agosto* (1987), y el montaje estudiado, el debido al tándem Carlos Pineda-Marta Álvarez, fechado en 2006. La atención se dirige, en este caso, a otro de los elementos nucleares

de la ficción dramática: el espacio. Con un ojo posado en el texto y otro en la puesta en escena, valora García Barrientos la justeza de los cambios obrados en la traslación a las tablas, aparentemente opuestos a los designios de Pedrero, pero más coherentes con el espíritu del drama. Ello le sirve para defender la idea de una “dramaturgia del espacio”, atribuible no a la dramaturga, sino al escenógrafo.

Aún se abordan otros dos asuntos polémicos en este capítulo: el primero tiene que ver con las tan discutidas figuras del autor y el público sobre las tablas, mientras que el segundo remite a un uso específico del término “didascalia”. Especialmente en las producciones actuales se aspira a borrar los límites entre lo real y lo representado, atrayendo hacia el plano ficticio a sujetos en principio adscritos al entorno factual. Apoyándose en las categorías de su método y ejemplificándolo con obras tan problemáticas como *El público* lorquiano, *El álbum familiar*, de José Luis Alonso de Santos, o *Nunca estuviste tan adorable*, del ya citado Daulte, demuestra el investigador la radical imposibilidad de tal anhelo, solo factible en cuanto ilusión, significado mas nunca incorporado al trazo formal de las obras, so pena de invalidar la representación.

Por lo que se refiere al tema de las didascalias, se afana García Barrientos, imbuido de su comentado prurito clarificador, por establecer una diferencia entre dicho término y el mucho más hispánico “acotación”, con el que a menudo se confunde. De acuerdo con su razonamiento, el vocablo “didascalia” aludiría a un plano intermedio entre la indicación escénica propiamente dicha y el paratexto autorial. Se atiende, así, en este apartado al nivel del texto y sus especificidades, proyectándose, de cualquier manera, hacia la realización sobre un escenario. En ello se advierte, mejor que en ningún otro lugar, la voluntad integradora del método dramatológico, opuesto a la falaz distinción entre una parte literaria y una parte espectacular.

Llegamos así al último bloque del libro, que opta por la denominación de “Dramaturgias”. En él se da cabida a lo general y particular, coronando el conjunto con una serie de notas o reseñas que recuerdan la parte final de *Cómo se comenta una obra de teatro*. Se examina, en primera instancia, la noción de “teatro posdramático”, en una sección que quizá habría tenido más sentido incluir en el epígrafe anterior. Movidio por un sano espíritu de polemista, cuestiona García Barrientos la validez de los argumentos que sustentan el supuesto paradigma de lo *post*. Su enjuiciamiento de las tesis de Lehmann –apóstol académico de iniciativas rompedoras como las de Fabre, Müller o Wilson– refuerza las suyas propias, apostando por una idea universal de teatro, analizable desde el marco dramatológico a despecho de las (aparentes) audacias vanguardistas.

Siguen a continuación sendos apartados sobre dos de los mayores dramaturgos vivos en lengua española: el aclamado Juan Mayorga y el menos conocido –en España– Jaime Chabaud. Del último se ofrece una panorámica de su producción completa, encajando sus virtudes tanto formales como temáticas, así como la desgarradora fuerza y crudeza de su creación. En cuanto a Mayorga, se estudia el lugar que ocupa en su dramaturgia el Holocausto judío, tema que interesa especialmente al escritor y filósofo madrileño y que ha abordado en al menos seis de sus piezas. Como en Chabaud, se subraya la altura de sus convicciones morales y el alcance del compromiso social y humano.

Otro nombre clave en la historia del teatro español ocupa el penúltimo escalón del recorrido, en lo que sirve de transición a las notas que antes mencionaba: Ramón

del Valle-Inclán. Hay quien podría recelar de la oportunidad de esta sección, consagrada a uno de los esperpentos menores del genial gallego –¿*Para cuándo son las reclamaciones diplomáticas?* (1922)– e inserta en medio de un catálogo de voces en activo. Coherente con la visión propuesta al principio de esta reseña, me inclino, no obstante, por verla como un homenaje que García Barrientos se ve en la necesidad de rendir a quien es uno de sus autores predilectos. Ya lo había hecho en el año 2007, con su brillante análisis de *Luces de bohemia*, y vuelve a hacerlo ahora, sugiriendo así el protagonismo que Valle ostenta en su trayectoria tanto profesional como personal.

Concluye, en fin, *La razón pertinaz* con siete textos de similar extensión y propósito, que, como indiqué, recuerdan al capítulo “Así se comenta (por ejemplo)”, con el que se clausuraba el trabajo seminal de 2001. Encontramos aquí al García Barrientos espectador, dueño de un gusto refinado y capaz de aportar una opinión autorizada sobre los más diversos aspectos de la dramaturgia actual en español. Personalmente, lo considero un cierre más que apropiado para un conjunto denso, preñado de reflexiones de gran calado científico que, pese a todo, no desatienden en ningún instante al lector; al contrario, que buscan su complicidad y hacen todo lo posible por despertar en él el mismo entusiasmo del investigador. Porque nadie dijo que la ciencia tenía que ser circunspecta o que un libro de estas características no pudiera ser disfrutado por públicos de toda condición. A ellos se le ofrece desinteresadamente, asegurando que lo mejor está por llegar.

Miguel Carrera Garrido